

Capítulo I

“O blanco o negro”: el problema de hablar de política en Colombia

La gente cree que el problema de Colombia es la guerra. Otros tantos, con el criterio tomado de alguna charla de auto superación emprendedora al mejor estilo norteamericano, creen que el problema de Colombia son los pobres. Para algunos pocos, Colombia no tiene problemas y para otro tanto de la población, el peor problema que tiene Colombia es la corrupción. ¿Cómo asegurar quién o quiénes tienen la razón si, por ejemplo, cualquier ciudadano promedio no sabe que Panamá no fue robada por ningunos “gringos”, ni que se independizó por azar, sino que fue vendida por un grupo de hacendados y políticos colombianos? ¿Cómo dar la razón a unos y otros, si de lo poco que logra convencer esta democracia contemporánea es de votar por *slogans* y rostros, pero jamás por ideas políticas? ¿Cómo asegurar que la solución es la izquierda parlamentaria, cuando en Colombia sus miembros, como los de la derecha parlamentaria, parece que tienen los mismos carnés de socios, en los mismos recintos de esparcimiento?

El propósito de este capítulo es lograr argumentar una tesis muy particular: en Colombia, el poder político se ha ejercido bajo el modelo de la exclusión. Al parecer, es el modelo de una auténtica dicotomía contradictoria, en esencia discursiva, pero manifiesta en violencia para los menos entendidos (es decir, la mayoría) que

cree que se es un partidario más fiel de una idea política, matando al vecino, echándole un “madrazo” o violentándolo según cuanta categoría de violencia hayan determinado los sociólogos.

Es necesario, para la comprensión de lo que serán los capítulos siguientes, hablar un poco de historia, pues en ella se resguarda un mundo gigante de secretos, de afirmaciones, de negaciones, de pequeñas verdades, de grandes mentiras. Entonces, se puede afirmar que es en el conocimiento de nuestra historia donde yace la primera condición básica para hablar de política en Colombia.

Ahora bien, si me refiero al conocimiento de nuestra historia no hago referencia a que absolutamente todo colombiano debe ser experto en historia o tan siquiera guardar una buena relación entre línea de tiempo, paradigmas y conceptos, que sería lo mínimo para decir “sé historia”. Tampoco hago referencia a que sin saber historia entonces una opinión política no valga; en realidad, la gente puede opinar lo que desee; sin embargo, como mencionaba en la introducción, existe indudablemente una complejidad absoluta a la hora de hablar sobre política en este país y una de tantas razones es porque solo opinamos sin conocer; como aseguraba Bourdieu, se gesta la ingenuidad democrática más grande cuando creemos que todo el mundo tiene una opinión acertada de los temas, impulsando así, debates desprovistos de sentido (Bourdieu, 1972); por supuesto, hablar sin sentido es otro de los males en Colombia: en muchas ocasiones, hablamos de política sin un mínimo fundamento. ¿De dónde tomar el fundamento? Bien, la historia es mi propuesta inicial.

Al ser sociólogo, y no historiador, corro el riesgo de que se me escapen miles de detalles; no obstante, como la intención es dar sustento a las condiciones básicas para hablar de política en Colombia, la remisión histórica que comentaré en este capítulo la asumiré a partir de generalidades indudables que pueden orientar al lector a hacerse una idea de más o menos cuándo se profundizó la problemática social de origen político.

Desafortunadamente, debo iniciar escribiendo que Colombia, previa y posteriormente al proceso independentista, logró a dura penas, establecer una revolución administrativa, algo muy pero muy lejos de lo que ese ideal moderno y liberal argumentaba, o lo que algunos elocuentemente llaman aún una revolución social y política.

En principio, se puede afirmar que sí fue una revolución política, ya que sacar a los españoles no solo significó una lucha armada contra un ejército imperial, sino que la cosmovisión monárquica, fue evidentemente reemplazada por una de tipo republicano al menos en el papel.

Empero, de allí a hablar de una revolución social, hay un largo camino que hoy conduce a preguntarnos sobre la degeneración de la aristocracia gobernante (criollos), educada para gobernar y su metamorfosis en una oligarquía criticada, así como la conversión final de la gran mayoría de sus integrantes en gerentes plutocráticos, sin visión humanista alguna. En ese camino, tendríamos que preguntarnos hoy por la inequitativa tenencia de la tierra que pervive con proporciones porcentuales descomunales y absurdas, manteniendo aún, según el Departamento Nacional de Estadística (DANE, 2015) una tasa de pobreza en el campo del 44,7 %.

Recapitulando, dicho proceso independentista se apartó política y socialmente de los propósitos autóctonos que por ejemplo emergieron años antes en la movilización de los comuneros, grupos de hombres y mujeres, trabajadoras, comerciantes y campesinos que desafiaron tiempito antes que los franceses a una corona europea. De forma macabra, las piernas, brazos y cabeza de José Antonio Galán (líder comunero) quedaron colgadas en las entradas y plazas de pueblos neogranadinos como advertencia española contra un levantamiento que, a diferencia de la aristocracia local independentista, nunca buscó derrocar al rey, sino, según las proclamas, acabar con el mal gobierno.

La anterior es una connotación fundamental para argumentar por qué posterior a la Independencia, los criollos, los hacendados y santanderistas vencedores de la revolución política, enemigos de ese tal Bolívar, del loco de Nariño (unos “dictadores y demasiado soñadores”) terminaron envueltos en un sin número de guerras civiles, acuñación de monedas propias, constitución de ejércitos propios, de modelos hacendistas que negaron el desarrollo esencial de una república.

“Los intereses confabulados contra Bolívar no tenían otra ambición que destruir su prestigio para poner término a todas las empresas destinadas a dar la revolución con lineamientos continentales, algo poco grato a los hombres solo capaces de progresar en el fácil juego de las intrigas de provincia” (Liévano, 2013, p. 201).

Esta contradicción inicial, que aparece como histórica, a mi juicio la representa muy bien, *Libertador*, esa composición cinematográfica del director venezolano Alberto Arvelo que muestra de una manera tácita y simbólica, cómo el interés continental de Bolívar, por ejemplo, se oponía al interés provincial de Francisco de Paula Santander.

Santander fue un defensor indirecto del antiguo *statu quo*, puesto que él como muchos criollos, una vez estuvo desterrado ese viejo sistema monárquico español, que les había otorgado títulos, haciendas y demás propiedades para consolidar una clase noble, fiel y dócil, ahora con el cambio político, dichas propiedades ya no serían protegidas por la gracia del rey y mucho menos redistribuidas o rechazadas con odio por parte de esos criollos (como debió haber sido), sino que ahora en el nombre de la ley, que yo le llamaría más acertadamente legalismo, el sistema de privilegios español nunca se desarticuló, sino que se afianzó, dejando el camino trazado para problemas de tierras que aún hoy no culminan en Colombia.

Es que el sin sabor es muy grande; lo más obvio era que aquellos hacendados, que precisamente tenían la condición de hacendados

gracias a la corona española y que a la vez se levantaron contra ella, luego de la Independencia y el cambio de poder, reorganizaran lo más elemental para hablar de una república: la tenencia de la tierra, la titulación o el control al monopolio, como sí lo hicieron por ejemplo en los Estados Unidos luego de la independencia.

No, eso aquí nunca ocurrió porque el juego de intereses personales consolidó la clase terrateniente y los problemas internos aumentaron ante el fracaso de la configuración de un *Estado-nación* que no llegó más allá de unos papeles firmados.

Prosiguiendo con esta breve mención histórica, que de seguro, ya unos estarán tildando de atentado contra la historia, llegamos entonces a un momento determinante y es una bifurcación trascendental que vivió Colombia en términos políticos: me refiero, pues, a la aparición de los partidos conservador y liberal. Si bien desde antes de su respectiva fundación, estos partidos ya poseían fuertes partidarios a consolidar sus líneas, en un principio y sin entrar en el detalle del trasfondo económico que tiene la cuestión, se podría asegurar que esta contradicción que dividió la política colombiana en conservadores y liberales tiene raíces en intereses de terratenientes, de aquellos que no querían que se perdiera la tradición colonial, de aquella burguesía emergente en las ciudades, de la Iglesia, de los militares, que en conjunto seguían siendo esos mismos criollos, quienes teniendo fuera a los españoles, no llegaron a consolidar un gobierno donde las ideas pervivieran. Ha de saberse que mucho antes de la fundación de los partidos, la Guerra de Los Supremos (1839-1841) ya se había presentado, tal vez como un penoso preámbulo de lo que llegaría a ser la absurda manera de entender la política colombiana en principio no “blanca o negra” sino “roja o azul”.

Adelantándome unos cuantos años más, lograré argumentar por qué ver todo bajo la lógica “blanco o negro” sigue significando un gran problema a la hora de hablar de política en Colombia. Agregando que la memoria histórica está aún con vida y muchos

de nuestros abuelos, aquellas personas, que nacieron en los años 1920 o 1930, siguen en pie contando la locura vivida durante el siglo XX. Con ese relato vivo, es posible afirmar que la división más absurda entre colombianos y colombianas, fue imbuida por una clase dirigente bipartidista que promovió la guerra fratricida en el periodo conocido como *La violencia*, por allá en los años 1940 y 1950.

Una niña en la plaza, salió con moños rojos en las trenzas. Era día de mercado, había mucha gente, pero con eso tuvieron las familias para pelearse y agarrarse a tiros. Yo no sé cuántos murieron, pero sí recuerdo el llanto de la gente y las groserías entre rojos y azules. (Entrevista a Myriam, mujer presente en una balacera producto del bipartidismo en Chiquinquirá)

Para nadie es un secreto que el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán (1948) ha quedado establecido cronológicamente como el momento del estallido más impresionante de la violencia en Colombia. Simplemente, los intereses liberales y conservadores no compaginaban; además, siendo francos a la memoria y a los discursos de Gaitán, muchos de los cuales se pueden encontrar hasta en YouTube, el gaitanismo develó esa antigua costumbre de entender la política como “blanco o negro”, liberal o conservador, “godo” o “cachiporro”, y la condenó afirmando que esa era una disputa de élites impuesta a la gente, habló con vehemencia contra la conformación de una oligarquía, un grupo que lo componían pocas familias que mediaban o se disputaban el poder entre sí.

La muerte de Gaitán trajo consigo un boicot popular, porque hasta los menos letrados, supieron que aquel tipo hablaba en la plaza y hablaba contra rojos y azules. Era una tercera opción, no tan difícil de asimilar como las propuestas del comunismo o el socialismo, que atraían a muchas personas, pero las ubicaban en una lucha de carácter cultural, en razón de las raíces católicas de la sociedad colombiana.

Se dio comienzo entonces a un triste marco de masacres en los campos a manos de los “pájaros” y los “chulos” (escuadrones de la muerte). Podemos definir a los “pájaros”, como “aquel matón movido de fuera, aquella fuerza oscura y tenebrosa que era movilizaba para amedrentar, presionar y asesinar, que luego de actuar desaparecía bajo el espeso manto de humo tendido por directorios conservadores, autoridades y funcionarios públicos” (Quintero, 2008, p. 250). Pájaros y chulos, organizados por lugartenientes regionales y financiados por el directorio del partido conservador, avanzaban en los campos a la vez que se levantaba la inminente respuesta campesina con la organización de guerrillas liberales con fuerte impacto en el Tolima y en los Llanos Orientales, así como también, gente que inducida por la violencia inicial, respondió con más violencia consolidando el bandolerismo. A partir de ese momento, Colombia ofrecía el panorama más contradictorio, doloroso, pero cierto de la humanidad: una guerra civil.

Una guerra civil que no la habían vivido a esa escala los viejos dirigentes de ambos partidos. Si bien antes ya habían combatido en diferentes ocasiones, este momento tuvo rasgos particulares porque el gaitanismo fue la comprensión de que la política en Colombia estaba viciada por una cosmovisión que le era ajena, ese “blanco o negro” que dividió sin criterio comprensivo o medianamente racional a la sociedad del común.

Los niveles de violencia hicieron insostenible el ejercicio del poder político, así que el gobierno dimitió y luego de una cena en la Escuela General Santander al sur de Bogotá, se sacaron un par de tanques del Cantón Norte, y sin resistencia alguna, una dictadura militar al mando de Rojas Pinilla (1953) entró de manera tranquila al Palacio de Nariño (Atehortúa, 2010).

Por su parte, al mejor estilo de lo que se podría denominar un Michel de Nôtre-Dame (Nostradamus) criollo, Gaitán lo promulgó, pero no vivió para ver el resultado de la unificación definitiva de esa oligarquía a la que tanto atacó y que desde España (un país

en dictadura para el año 1956) anunció la unidad por la democracia y contra la dictadura de Rojas Pinilla firmando el Pacto de Benidorm que consiguientemente daría origen al Frente Nacional (FN), una alternación del poder, para no pelear más jamás, para no dejar que por estar peleando, un militar o una fuerza diferente a los dos partidos ocuparan las riendas del poder nacional.

¿Cuál fue el problema con Rojas Pinilla? ¿Fue realmente una dictadura criminal que se dedicó a exterminar gente? ¿O fueron unos años en que sin liberales ni conservadores el país tuvo un desarrollo estructural que no se ha visto jamás en Colombia? Es difícil dar una respuesta que no esté sesgada, pero algo importante que se debería reconocer es que la prolongada concentración de poder, sea en una persona, en un grupo de familias, en un grupo económico regional o en dos partidos políticos, no trae nada bueno para las mayorías.

Luego de que Rojas Pinilla fue desplazado del poder político, de la misma forma en que llegó, es decir, a través de golpes constantes de opinión desde los periódicos *El Tiempo* (liberal), *El Colombiano* (conservador), *El Espectador* (liberal) y *El Siglo* (conservador), el Frente Nacional (1958-1974) se vislumbró aparentemente como un pacto democrático que había vivido el país, pero marcó un regreso autoritario del bipartidismo.

A todas estas ¿dónde habían quedado los gaitanistas? Sin duda alguna, el problema del caudillismo es que, muerto el caudillo, acabado el movimiento; es una triste lógica que se desprende de esa resistencia que tiene el individuo a convertirse en un sujeto y pensar por sí mismo, no solo para sí mismo, sino en función ambivalente: propia y colectiva. Los gaitanistas se esparcieron: unos entre las promesas del Frente Nacional, otros entre los liberales más radicales, otros dejaron de creer y unos, bastante significativos, dejaron de ser guerrillas liberales o autodefensas campesinas, y se configuraron poco a poco en la ideología socialista y comunista.

Por supuesto, en Colombia, para la época, al igual que en muchos países inequitativos y excluyentes del mundo, muchos vieron con emoción y ejemplo el triunfo de la Revolución Cubana (1959), otros la sintieron como una amenaza, y previendo la posibilidad de ver en Colombia una segunda Cuba, varios gobiernos abrazaron la oferta del plan de seguridad de Estados Unidos que desarrollaba una guerra a todo nivel contra la otra súper potencia de la época, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Es decir, de cara a lo anterior, esa manera de entender la política en Colombia, esa vergonzosa manera que nos había hundido en un absurdo “blanco o negro” durante la disputa bipartidista, ahora tomaba otro tinte ideológico, una nueva oposición de frentes políticos que con un fresco grupo unificado de liberales y conservadores, harían frente concreto a la amenaza roja que desde los campos y los sucesos de Marquetalia, consolidaron el pensamiento revolucionario consecuente a una época, a un orden mundial, que dividió al mundo en dos polos de influencia: capitalistas versus comunistas, demócratas versus socialistas, gente de bien versus rojos terroristas, honorables representantes versus gente de izquierda.

Cuando finalmente los efectos expansivos de la Guerra Fría llegaron a América Latina, Estados Unidos ya tenía delineada toda una serie de políticas y estrategias de contención del comunismo, que primariamente, parecían resultar efectivas en la región. Debido a la inflexibilidad de la retórica ideológica que mantuvo al conflicto rusionorteamericano vigente durante tanto tiempo, Estados Unidos interpretó cualquier signo de cambio político, social y/o económico que no respondiera a los parámetros de un Occidente capitalista y democrático, como una infiltración del comunismo internacional, y por ende peligroso a los intereses norteamericanos. (Lourdes, 2006, p.19)

Sí, la guerra fría influyó en lo que significaba hablar de política en Colombia. Si hablabas de política para esa época, te metías en

algo serio, pues eras consciente de la corrupción, ya Gaitán había enseñado que la oligarquía estaba adueñada del país. Eras consciente de que había que luchar por los derechos y que la permisividad del gobierno a los sindicatos era una burla al margen de la acción real de los trabajadores so pretexto de que estos no se aliaran con los comunistas. Eras consciente de que un grupo guerrillero de letra y número (M-19) emergió con planteamientos de tipo nacionalista, que fue considerado de izquierda, pero que no se consideró propiamente de izquierda por su disidencia abierta a esta ideología y manejó discursos hasta parecidos a los de Gaitán, ese grupo al final traería la guerra a las ciudades. Eras consciente de que en los campos las guerrillas parecían indestructibles y de que el asesinato de miles de militantes del movimiento Unión Patriótica significaba que hablar y meterse en política sin armas era algo realmente serio.

Y allí, en medio de la contradicción de un país catalogado como una sólida democracia mientras se derramaba sangre y más sangre, el siglo XX llegaba a su final en primer lugar, con la emergencia del narcotráfico y con él la emergencia del paramilitarismo para que juntos, instauraran la cultura del dinero fácil y la violencia sin criterio político. En segundo lugar, con la caída de la Unión Soviética que dejó sin foco y sin sustento a los revolucionarios de la época. En tercer lugar, con la victoria del modelo económico capitalista sobre el socialista y dentro de esta realidad, la más grave de todas, el triunfo teórico dentro del modelo capitalista de la visión de Milton Friedman por sobre la de John Maynard Keynes. En cuarto lugar y en consecuencia a ese viraje de la economía política capitalista que ya no tenía que competir con las tesis del comunismo y podía dejar de comportarse caritativamente, dejar a un lado el control a los monopolios, dejar de subsidiar y quitarse ese título extraño de “capitalismo social”, se comienza a hablar en Rusia y por consiguiente en el mundo entero, de reestructuración, de apertura, de libertad económica; aquí en Colombia eso nos

llegó en una especie de “paquete chileno”¹ pues la constituyente de 1991, significaba que por fin los grupos políticos que tuvieron que tomar armas para hacer política en Colombia ya no tendrían que recurrir a la violencia. Ya no más, la nueva Constitución reconocería su ejercicio, y aparentemente todo sería paz y amor. En medio de esa posibilidad del fin de la guerra de guerrillas, el narcotráfico irrumpe con muerte indiscriminada y una bolsa gigante repleta de dinero que le cayó como anillo al dedo a aquel discurso de la libertad económica, la especulación y la apertura.

En 1990, César Gaviria fue electo presidente de carambola ante el magnicidio de Luis Carlos Galán, quien iba a ser de seguro el presidente de Colombia, pero que murió a manos de la estructura criminal de Pablo Escobar, la colaboración de políticos como Alberto Santofimio y funcionarios que hoy están investigados y sobre los cuales aún no hay sentencia, como el general Miguel Maza Márquez que para ese entonces era el director del Departamento Administrativo de Seguridad (algo así como el servicio secreto colombiano).

Gaviria, anunció con su característica voz “galluda” la liberación de los mercados, la apertura de la economía colombiana que, según el cuento de aquella época, lanzaría al país a un mar de superación en el que nuestra economía competiría, por ejemplo, con la de Estados Unidos en una franca lid mediada por una mano invisible; eso ocurriría en este país con vías intermedias que más parecían (aún) lodazales, con una carretera que comunicaba (aún) todo el comercio internacional con el puerto sur oriental de Buenaventura en regulares condiciones. A propósito de la vía hacia el puerto de Buenaventura, debo agregar que es un tramo de 42 kilómetros cuyo recorrido sin tráfico puede tardarse dos horas y media, una vía que atraviesa la cordillera central del país en

1 Nombre popular en Colombia, que designa una forma de robo, mediante engaño en la fila de un banco.

medio de subidas impresionantes, curvas absolutamente cerradas y que si dos tractocamiones se rozan, entonces se paraliza el tráfico por más de ocho horas.

Sí, Gaviria habló sobre las bondades de la apertura y de cómo el país ya estaba listo para competir, así hubiese presencia de paramilitares cometiendo masacres de la mano de las fuerzas armadas, de guerrilla realizando secuestros masivos en las carreteras, de una tenencia casi feudal de la tierra, sumando a condiciones de pobreza monumental, ahí en ese marco, tendríamos la fuerza para competir contra Europa o Estados Unidos juntos supuestamente.

Probablemente los colombianos se estaban secando las lágrimas por el asesinato de tanto líder político, que no tuvieron el tiempo de asimilar lo que ocurriría a partir de 1990. Hablar de política en Colombia y en consonancia con la derrota internacional del comunismo, parecía que era cuestión del pasado. Hablar de política en Colombia se comenzaba a convertir en algo trillado, ahora había que dejar “tanta pendejada” y trabajar para comer, hacer negocios y gastar dinero en un sistema de ocio capitalista que tomó una fuerza monumental y se desarrolló de manera exponencial hasta nuestros días.

Si para los años 1990, los colombianos solo conocían centros comerciales por el estilo de Bulevar Niza y Unicentro (cuando aún no los habían remodelado), ya para la primera década del siglo XXI, el centro comercial pasó a ser el eje de la vida social, para nadie es un secreto que ante el plan de ir a un centro comercial, no importa si no hay dinero, para eso está el crédito, no importa si no hay ni plata ni crédito, aún hay helados de \$2000 y degustaciones en los supermercados...

¿Era casualidad? claro que no. ¿Y entonces la política? Es una mierda. ¿Quién lo dijo? ¿Acaso los miles de muertos? ¿O tal vez los vencedores de la Guerra Fría, que consecuentemente al no tener un elemento dialéctico beligerante se afianzaron mediante un discurso unilateral como “la realidad general” común y corriente,

donde un modelo de vida, un modelo económico al parecer incuestionable, penetró los temas políticos y culturales de una forma muy particular?

Este último interrogante es la antesala del desarrollo de la idea central del presente capítulo expuesta en las primeras páginas de este texto: en Colombia, el poder político se ha ejercido bajo el modelo de la exclusión. ¿Quiénes o qué son los excluidos? Bien, bajo las premisas expuestas, con el modesto y nudista *abstract* histórico presentado anteriormente, los excluidos durante la Independencia, fueron los comuneros, los que salieron de las fincas y caminaron por la dignidad, esos que no querían ser gobernantes, sino quizá tener una tiendita para vender tabaco o aguardiente, tener un pedazo de tierra donde cultivar y mandar en mulas para Santafé los resultados de la siembra, tener una familia, amigos y compadres. Allí, el poder terrateniente bajó del bus a más de uno y le calmó con látigo o a balazos las ínfulas de la verdadera libertad, la nación recién independiente, no tenía gente con experiencia en administración pública, todo siempre lo hicieron los españoles, y los espantosos intereses de ese grupo de criollos, devastó el sueño desde el principio.

Los excluidos durante la confrontación bipartidista fueron todos aquellos que no se identificaron ni como azules ni como rojos, es más, cuando por azar llega un tipo llamado Gaitán e intenta agrupar a esos no-alineados, entonces lo matan, y ese hecho desencadena una guerra civil y termina todo en el Frente Nacional.

Allí los campesinos que tan solo querían vivir tranquilos en sus parcelas, esperar las fiestas anuales, rezar en Semana Santa, tener muchos hijos y una gran cosecha, terminaron insertos en discursos que no comprendieron sino hasta cuando la muerte, la mutilación, la decapitación, los fusilamientos, los cortes de franela, los cortes de corbata, la apertura de vientres de mujeres embarazadas, los condenaron a huir de la guerra y refugiarse en la pobreza de la ciudad o quedar atrapados en la guerra de las selvas y campos.

Los excluidos en el marco de la Guerra Fría, aplicada en el contexto colombiano, fueron todos aquellos partidos, organizaciones y movimientos que no quedaron adscritos al pacto oligárquico de Benidorm, todas aquellas tendencias que se podían considerar de izquierda, y al respecto vale la pena hacer una aclaración fundamental para concluir este capítulo; la categoría “izquierda” no solo era aplicable a los doctores en marxismo, o los muchachos de la Juventud Comunista, sino básicamente a todo aquel que pensara que el Frente Nacional no era ninguna democracia, es decir, la oposición era legal durante el Frente Nacional, siempre y cuando estuviera afiliada a alguno de los dos partidos.

En Benidorm (España) definieron lo que harían con el poder, pero lo que nunca se definió fue cómo hacer política en un país que pedía a balazos un espacio para participar. Como consecuencia del Frente Nacional y su táctica jurídico-policial del Estado de Sitio, numerosos grupos armados florecieron ante la represión y un contexto internacional que los ratificaba.

Los excluidos, durante el proceso de apertura, fueron los agricultores, los sin tierra, los que sabían que esas condiciones de libre mercado, favorecerían a industriales y campesinos de países donde sus gobiernos les garantizaban mínimamente las condiciones para competir, pero definitivamente no en Colombia, no en medio de una guerra, de masacres y con un Estado permeado por el narcotráfico; en esas condiciones, por allá en los años 1990, algunos “dementes”, sin visión gerencial, “antiprogresistas” y a lo mejor hasta comunistas, anunciaban que el campo colombiano quebraría, que tendríamos que importar arroz y leche, y que saldría más barato hacer eso que producir. Empero, no todo fue malo, los partidos tradicionales perdieron su protagonismo y una serie de nuevos partidos colmaron los puestos del poder público, no importó si todos eran los mismos de siempre, las banderas eran diferentes, y como algo realmente novedoso, cambiar de bando se convirtió en un deporte muy lucrativo.

Lo que se vino después no fue la exclusión de un *quién*, pues al parecer, si he sido enfático, son los mismos durante toda nuestra historia. Lo que aconteció fue la exclusión de un *qué*. Una exclusión mediada por el contexto internacional, al imponerse una sola realidad económica, sustentada en una única aparente forma de hacer política, ese *qué* excluido no era otra cosa, sino la real diversidad política.

Ese *qué*, ausente en el comienzo del siglo XXI, es la incapacidad de desarrollar un debate político o una consecución política, en razón de la imposición del pensamiento individualista, así como de la mentalidad mercado-técnica que fue esparciéndose poco a poco ante la victoria de una visión de mundo mercantilizado.

No sobra recordar que Colombia no era aliada de los rusos, sino que formaba (y sigue formando) parte de los aliados de Estados Unidos, de este modo, si es verdad aquel dicho que versa, *quien gana es quien narra la historia*, en Colombia la política económica abrió sus brazos a una sociedad desconcertada ante la histórica caída de la cosmovisión soviética, que dejó sin “padrino” a todos los “izquierdosos” del continente y, por ende, el campo de la dominación económica a la súper potencia vencedora.

En correlación con lo anterior, ese *qué* ausente, se puede entender también como la pérdida de capacidad para vislumbrar la carga ideológica de los discursos. Indudablemente, es algo más complejo de lo que parece, pero si pudiese resumirse en palabras simples, aquel esquema absurdo del “blanco o negro” en pleno siglo XXI a la hora de hablar de política no cambió, quizá se podría pensar que, si el mundo era bipolar durante la Guerra Fría, ese “blanco o negro” tendría un sentido al menos lógico, pero entonces ¿finalizada la confrontación de cosmovisiones e ideologías, ya no habría contradicciones a la hora de hablar de política? ¿Se habría llegado por fin a la paz mundial? O quizá ¿el discurso del vencedor quedó susurrando por el megáfono de la historia, ya no, “blanco o negro” sino “blanco o blanco”? Allí emerge el detalle

comprensivo más importante y es que hoy tal parece que hablar de política, de lo social, del pueblo, de las ideologías, se ha convertido en un atentado al *statu quo* del lenguaje, un atentado a cómo se supone se debería pensar, no solo en lo cotidiano, sino aparente y tristemente también en lo académico y estatal. Fue el momento en que frases como “es el fin de la historia”, “es el fin de las ideologías”, “es la hora de la gerencia social”, etc., se instalaron como pilares de los nuevos planteamientos que se asumieron en la sociedad desde discursos políticos y que se han configurado como llamaría el Papa Francisco, en una especie de nuevo paradigma. Este mismo contexto se prestó para

[...] una reforma del Estado sobre la base de reducir las empresas públicas, reorientar las políticas sociales [...] incrementar la eficiencia económica de la acción estatal. Todo ello redimensiona el papel del Estado y, en particular, de las políticas públicas; estas ya no se refieren tanto a la integración social como a la “competitividad sistémica” del país en los mercados mundiales. (Lechner, 1996, p. 74)

Entonces, si se consolidó una sociedad de mercado, ¿por qué continúa siendo un problema intentar escapar a los discursos que solo esta sociedad acepta como válidos a la hora de hablar de política?

En principio, se supone que actualmente hablar de política es un acto que ha dejado atrás su alta connotación ideológica, pero esto es solo una apariencia, porque lo que se ha perdido en realidad, es el sentido multilateral del discurso. Las charlas hoy han caído en manos de una visión política unilateral, reforzada por el modelo económico, que emite un mensaje aparentemente *a-político*, pero que se encarga de destrozar todos los intentos por abordar temáticas de índice social teniendo en cuenta a los actores sociales, y no solo las decisiones arbitrarias de mandatarios, funcionarios o gerentes bancarios y empresariales.

Es un lugar común escuchar a los funcionarios o a los gerentes industriales que casi siempre son designados ministros, renegar del populismo, pormenorizar un discurso de actores sociales, enviar al Escuadrón Móvil Anti Disturbios (Esmad) cuando hay una movilización social, apoyarse en las grandes cadenas de medios para opacar el surgimiento de otras tendencias discursivas y exponerlas como demasiado ideologizadas, ridículas, etc. Este tipo de acciones son consecuentes con la realidad de sus propias estructuras, económicas, partidistas y burocráticas, o acaso ¿alguien sería capaz de realizar una gran distinción ideológica entre el partido Cambio Radical y el Partido de la U, o entre el Partido Verde y el Partido Liberal? ¿Alguien puede explicar coherentemente y con fundamento político-filosófico por qué los ministros de Defensa siempre son previamente los gerentes de grandes entidades, como el caso de nuestros dos últimos ministros de Defensa que antes fueron respectivamente el gerente de la Federación Nacional de Cafeteros y el Presidente de la Asociación Nacional de Industriales?

Claramente, cuando uno “saca los trapitos al sol” los que están mejor acomodados se molestan y a cuestionamientos como los anteriores, so pretexto de ofrecer su mejor respuesta, pueden decir que son pavadas o cuestiones producto de la “mamertería”², pero lo que es real es que los colombianos observan que un día un “político” es amarillo, luego es verde, luego azul, luego termina en un escándalo y, posteriormente, le dan una embajada.

Esta realidad intrínseca que el establecimiento ha desarrollado es la que ha generado problema a la hora de hablar de política, en razón de considerar al interesado en abordar el tema seriamente, como un sujeto desenfocado, pasado de moda, que no es eficaz... como en los negocios.

2 Vocablo coloquial que se ha usado, como verbo (*mamertiar*), como sustantivo (*mamerto*) o sus variaciones (*mamertismo*, *mamertiadera*) para ofender a las personas de corriente política izquierdista en Colombia.

Por lo anterior, al hablar de política actualmente, cuando se trata de asumir con seriedad y coherencia histórica el tema y no de hablar de técnicas de mercadotecnia, aquellos que hoy están instalados en la producción unilateral del discurso, consideran que, si algún zafado está hablando desde la posición de los actores sociales, entonces es un populista ideologizado y si le va bien a lo mejor le llaman dinosaurio político.

En este marco, aquella vieja y fastidiosa imposición categórica de “blanco o negro” a la hora de hablar de política no se ha esfumado. Pervive y persiste cuando muchos quieren abordar un problema social desde el punto de vista gerencial, y otros tantos que desean hablar desde un punto de vista de la reivindicación son excluidos por un margen unilateral del discurso. Hoy, aparentemente, *política* no son ideas, son votos, celebración de contratos y por eso la imagen vale más que el argumento. Hoy es factible escuchar en los programas radiales masivos, a los locutores mencionando improperios hacia cualquier otra visión que no sea la del establecimiento, la del orden financiero, promoviendo un vacío inexistente de las ideas, al rechazar la multilateralidad y fortalecer esa unilateralidad con traje de libertad.

Protestar no da pereza, sino que lo configuran algunos tantos como desprestigio, ser crítico es sinónimo de izquierdoso, y como la guerra aún sirve para todo, entonces si algún grupo toma fuerza, se le desacredita vinculándolo con la insurgencia armada o con lo que queda de ella, pues incluso si las guerrillas se acabaran, entonces emergería, como ya está emergiendo, el concepto de “vándalo” o “infiltrado”.

Hablar de política en el siglo XXI es un problema, porque o hablas como “todo el mundo” es decir, reniegas de la política, o entonces, quedas por fuera de los círculos sociales, quedas señalado de demagogo, “mamerto” y, en el peor de los casos, de terrorista; es más, es tan real esa ausencia de producción multilateral de discursos políticos beligerantes en la opinión pública, que aquí

hasta los que se burlan de los gobernantes en televisión, también son invitados por estos últimos a sus bodas, a sus fiestas y hasta les dan espacio en las grandes cadenas, eso sí, siempre y cuando sean inofensivos, o sean las ovejitas descarriadas que con el arte de la palabra parecen incisivos, pero al final reciclan el fastidio general y también lo venden.

En resumen, la bella oportunidad de sentarse a hablar de política seria y coherentemente, ha sido minada por la visión unilateral de un discurso que, sustentado en el modelo económico y reforzado con la producción audiovisual mediática, configura individuos aparentemente apolíticos, que se expresan culturalmente como fieles consumistas, excelentes gerentes sociales, que son ubicados en una orilla opuesta de donde se halla esa gentuza que todavía cree en que marchar, protestar o hacer paros sirve para algo en este mundo dinámico, competitivo y eficaz.

A decir verdad, la política cuando es sentida, real y persigue su propósito original, no puede ser caracterizada como un compuesto técnico; es en todo sentido un producto social, “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx, 1989. p. 7), el ser social determina entonces las formas en que pensamos la vida política y espiritual, el ser social nos arroja a tener una conclusión como sujetos, una postura frente a la vida si se quiere, y allí ya podemos mencionar la existencia de la ideología política; ahora bien, respecto de si tener una ideología política es bueno o malo, la verdad, prefiero resumir que se trata de converger como sujetos finalmente en algún tipo de certidumbre para sufrir en grupo las incertidumbres de la vida humana.

Para cerrar, considero que las ideologías están más vivas que nunca; muchos lo saben, otros tantos lo ignoran; no obstante, son variadas y están inmersas en la sociedad como producto del trasegar

histórico, la realidad es que hoy, una de ellas es imperativa y quiere convencer a la totalidad de la población, con todos los elementos de poder que posee, con una fuerza no violenta, sino discursiva y amparada en las expresiones culturales del modelo económico, de que no hay ideologías, de que eso de la política, lo social, el populismo, “¿para qué?” “eso no sirve”... “eso es Negro y nosotros Blanco”.